

INTRODUCCIÓN

LUIS PEGENAUTE
UNIVERSITAT POMPEU FABRA

En el presente volumen se recogen la mayor parte de las ponencias presentadas en una larga —larguísima— jornada que, dedicada al estudio de la traducción en la Edad de Plata, tuvo lugar en la Facultad de Traducción e Interpretación de la Universitat Pompeu Fabra el día 16 de junio del año 2000. La convocatoria presentaba como propósito el debate de diferentes tesis y propuestas metodológicas con el fin de fomentar el diálogo y contraste de pareceres más que la exposición de resultados, cuya presentación se postergaría hasta el momento de la publicación. A los ponentes se les dio, por tanto, un plazo prudencial para la redacción definitiva de sus contribuciones para que así pudieran tener en cuenta las posibles ideas y sugerencias suscitadas en la discusión. La mayor parte de los asistentes eran miembros del Departamento de Traducción y Filología de la Facultad ya mencionada (John Beattie, Martin Fischer, Enric Gallén, Pilar Gómez Gedate, Amparo Hurtado, María Oliver, Marcel Ortín, Amalia Rodríguez, Francisco Ruiz Casanova, y yo mismo, además de Montse Guinovart, alumna del Programa de Doctorado de la UPF, “La traducción: Aspectos literarios y discursivos”), pero también contamos con la aportación de especialistas procedentes de otras universidades: así, Francisco Lafarga, Elena Losada, María Nieves Muñiz y Alicia Piquer (Univ. de Barcelona), Marta Giné (Univ. de Lleida), Miguel Ángel Vega (Univ. Complutense de Madrid) y Miguel Gallego Roca (Univ. de Almería). Por causas ajenas a nuestra (y su) voluntad, finalmente no hemos podido contar con los textos de M^a N. Muñiz (“Las traducciones de Leopardi en la España finisecular y el modernismo”) y de M. Oliver (“La invención de Molière en Cataluña”) pero en contrapartida incluimos dos colaboraciones de autores que no estuvieron presentes en la Jornada: Anna Soler (UPF) y Soledad González.

El presente volumen presenta como temática la traducción en España y desde España en los primeras décadas del siglo XX. No parece haber acuerdo sobre los límites cronológicos de la denominada “Edad de Plata”, cuya

amplitud varía en opinión de los diversos autores: así, la Red de Centros y Archivo Virtual de la Edad de Plata (Fundación Marcelino Botín y Fundación Residencia de Estudiantes) propone los años comprendidos entre 1868 y 1936, José Luis Mora 1875-1936, José Carlos Mainer 1902-1936, Víctor García de la Concha 1898-1936. Lo que parece estar claro es que aglutinaría a tres generaciones de escritores: la del 98, la del 14 y la del 27. De todos modos, por ser coetánea a la primera de éstas y confundir sus límites con ella más de lo que alguna vez se ha sugerido (así, por ejemplo, Pedro Salinas, Díaz-Plaja, Dámaso Alonso), hemos incluido también en la nómina de escritores a los integrantes de las filas modernistas, prefiriendo así el concepto de “Generación de fin de siglo”. Encontraremos, por tanto, referencias a dicha generación y también a los novecentistas y a los que practicaron las Vanguardias. Eso por lo que hace a los autores españoles. En cuanto a los extranjeros, las menciones son numerosísimas y variadas: de Shakespeare a Poe, de Dickens a Supervielle, de Pirandello a Shaw. No podía ser menos en un volumen consagrado al estudio de la traducción, motor fundamental de contagio entre literaturas y, por tanto, dinamizador simpar de la evolución literaria.

Me limitaré a presentar las distintas contribuciones, guiando al lector en la búsqueda de posibles unidades temáticas, ya que los trabajos se presentan ordenados alfabéticamente por el apellido del autor. Encontramos dos trabajos en los que se relaciona de manera muy clara el hecho traductor con el ambiente cultural de la época. Así, Amparo Hurtado estudia la labor traductora llevada a cabo desde las páginas de *Residencia: Revista de la Residencia de Estudiantes*, que publicó 20 números entre 1926 y 1934. Tras prestar atención al papel jugado por la Residencia de Estudiantes en el proyecto de europeización de la vida intelectual española, Hurtado se centra en la revista, que era “académica, de carácter multidisciplinar y vocación plurilingüe” y estaba orientada, principalmente, a los temas culturales y educativos. En los diferentes números encontramos textos originales —tanto en castellano, claro está, como en diversas lenguas extranjeras— y también numerosas traducciones (hasta un 40% de las páginas). Se recogen allí muchas de las conferencias impartidas en la Residencia. Amparo Hurtado pone de manifiesto cómo se tenía por costumbre omitir el nombre del traductor (y apunta algunas posibles razones), pero se ocupa de detallar las circunstancias que rodearon la publicación de tres textos que constituyen excepciones significativas en este respecto: uno de H. G. Wells, uno de Santayana y un fragmento de las *Soledades* de Góngora en versión inglesa.

Miguel Ángel Vega, por su parte, destaca cuál fue el proceso de

implantación del krausismo en España a partir de la estancia de Sanz del Río en Heidelberg en 1843 y la posterior publicación, en 1860, de su traducción *El ideal de la humanidad* de Krause. Ciertamente, apunta Vega, que el primer contacto español con el pensamiento de Krause vino de la mano de su discípulo belga Heinrich Ahrens, cuyo *Cours de droit naturel ou de la philosophie du droit* ya había sido traducido por Ruperto Navarro Zamorano en 1841, pero no cabe duda de que fue Sanz del Río quien propició la irrupción del llamado “panenteísmo” en nuestro país. Si esta corriente intelectual influyó tanto en los integrantes de la Institución Libre bien pudo ser debido, tal y como sugiere Vega, a que hubo lo que podría ser llamada “una escuela krausista de la traducción” que estaría integrada por escritores y pensadores como J. Caso y Blanco, Francisco y Hermenegildo Giner de los Ríos, los hermanos González Blanco, etc. De sus traducciones y las de muchos otros nos deja constancia Vega en un completísimo y útil listado.

Un segundo bloque de trabajos vendría constituido por aquellos que se centran en cuestiones relacionadas más directamente con la recepción, ya sea de autores extranjeros en nuestras tierras (así, los trabajos de Elena Losada, Amalia Rodríguez, John Beattie y Marcel Ortín, estos dos últimos centrados en Cataluña) o viceversa (Martin Fischer y Luis Pegenaute).

Elena Losada fija su atención en uno de los autores cumbre de la literatura portuguesa, Eça de Queiroz, cuya producción literaria llamó poderosamente la atención en España entre 1882 y 1915 —tal es el marco cronológico elegido por la autora— como consecuencia de su controvertida fama de novelista anticlerical. Las primeras traducciones resultan, en palabras de Losada, “manipuladas, ideológicamente dirigidas y literariamente horrendas”. La situación no fue mucho mejor en los años venideros, ni siquiera cuando aparecen las firmadas por Valle-Inclán, a saber: *La reliquia*, *El primo Basilio*, *El crimen del padre Amaro*. Un detallado cotejo de los originales portugueses con las versiones castellanas lleva a Losada a sugerir que la única que tiene visos totalmente legítimos de haber sido en verdad obra del genial escritor gallego es *La reliquia* (a pesar de sus defectos). Losada desestima que Valle-Inclán realmente llegara a tener parte alguna en la traducción de *O crime do padre Amaro* y propone que, si llegó a ocuparse de *O primo Basilio*, fue con muy escasa dedicación. En su trabajo, el lector advertido hallará un provechoso apéndice en el que encontrará puntual detalle de todas las traducciones de Eça de Queiroz al castellano en la franja de años ya señalada.

En su contribución sobre Poe y el fin de siglo, Amalia Rodríguez se mueve sin esfuerzo alguno entre el escritor norteamericano y Baudelaire, de

nuevo entre Poe y Coleridge, Rubén Darío y Juan Ramón Jiménez, Unamuno y Max Nordau, valiéndose de conceptos como los de “transculturización” (Fernando Ortiz), “hibridación” y “reacentuación” (Bajtín), a la vez que de otros propios como “heteroglosia” y “bivocalidad”. A los autores citados vienen a sumarse otros tan definitorios como Benjamin, Lacan o Barthes, de cuyo constructo intelectual se vale Amalia Rodríguez para rastrear en las traducciones —de Baudelaire, Mallarmé, Cortázar— “un destello, no de sentido, sino de significación [...] a través de los surcos que va abriendo ese significante del *decadentismo*”.

John Beattie, por su parte, presta atención a la recepción en Cataluña de la obra de Joyce, ocupándose de apuntar los comentarios críticos de Joan Ramon Masoliver, Lluís Montanyà, Josep Sol o Josep Pla (al que se le debe la primera referencia a Joyce dirigida a una audiencia catalana), a la vez que precisos datos sobre las traducciones —las primeras de ellas fragmentarias— de *Ulysses* y *The Portrait of the Artist as a Young Man*. Según Beattie, en Cataluña la discusión en torno a la obra de Joyce se centró en identificar el sesgo de su naturaleza estética, estudiando así su capacidad para trascender las fronteras del arte. Ello supuso un interés en contextualizar al autor irlandés dentro del marco de las Vanguardias, movimientos estos a los que Cataluña estaba particularmente atenta como consecuencia de su interés en acercarse intelectualmente a Europa.

Marcel Ortín se ocupa de estudiar la recepción de la obra de Dickens en Cataluña entre 1892 —año en que se publica la primera versión catalana— y el final de la Guerra Civil. En su opinión, se pueden distinguir dos periodos, cuya frontera cabe situarla en 1924, el año en que se inicia el debate sobre la crisis de la novela catalana. En el segundo cabe hablar de una proliferación de las traducciones, una concentración de los lugares de publicación y también una mayor especialización de los traductores (así, por ejemplo, Carles Capdevila, C. A. Jordana, Pau Romeva y Josep Carner.). Marcel Ortín, estudioso de la obra de este último, analiza la presencia de Dickens a lo largo de su trayectoria como escritor y traductor, estableciendo una comparación con las opiniones que sobre Dickens formuló otro autor inglés, G. K. Chesterton.

Martin Fischer nos ilustra sobre las traducciones de *Platero y yo* al alemán, dando cuenta de las dos traducciones publicadas y de sus ediciones. Fischer coteja con el original las versiones de D. Deinhard y F. Vogelsgang, prestando particular atención al trasvase de los referentes culturales, aunque sin olvidar otros problemas formales y estilísticos.

Luis Pegenaute se ocupa de estudiar cómo se recibió en los EEUU el teatro español de fin de siglo (en particular, las obras de A. Guimerá, los

hermanos Álvarez Quintero, J. Benavente, J. Echegaray y G. Martínez Sierra) hasta 1936, tanto en lo que respecta a las representaciones, como las traducciones y respuesta de la crítica. Se pone de manifiesto que nunca antes ni después llegó a despertar nuestro teatro un interés tal en tierras estadounidenses. El trabajo viene acompañado de un extenso anexo, que puede resultar útil para ulteriores investigaciones.

Podemos reseñar a continuación la existencia de cuatro trabajos centrados en la traducción teatral en Cataluña: los de E. Gallén, M. Giné, M. Guinovart y A. Soler. En el primero de ellos, el autor presta una detalladísima atención a la publicación de traducciones y adaptaciones de obras dramáticas —tanto populares como de gran alzada literaria— en diversas colecciones publicadas en Cataluña, y en catalán, entre 1898 y 1938. Así, Gallén repasa la presencia de textos dramáticos extranjeros en colecciones de ámbito literario general y también en colecciones especializadas en teatro. Como el autor se ocupa de poner de manifiesto, el teatro es probablemente el género que mayor relación guarda con el entorno sociocultural, por lo que sus observaciones resultan absolutamente pertinentes para comprender el entorno literario catalán en este periodo, tanto desde el punto de vista de la poética como de la ideología, poniendo de manifiesto que la traducción puede convertirse en una inmejorable herramienta de consolidación y renovación del canon que parece deseable establecer.

Marta Giné estudia dos de las traducciones que de Dumas hijo hizo el prolífico Salvador Vilaregut: *La dama de les camèlies* y *L'amic de les dones*. Las obras originales pertenecen al teatro del periodo del Segundo Imperio francés y son buenos ejemplos de piezas escritas en oposición al drama romántico. El fin último en este tipo de teatro es el de reestablecer los códigos morales de la sociedad. Giné presta la debida atención al modo en que ambas obras fueron vertidas en catalán y presenta detallada información sobre las circunstancias de sus representaciones. Para Giné, *La dama de les camèlies* resulta una traducción excelente desde el punto de vista de la lengua catalana, aunque defectuosa en lo que respecta al trasvase ideológico. Este defecto asoma también en *L'amic de les dones* y es que, según la autora del trabajo, Vilaregut magnifica en demasía la transmisión del mensaje propuesto por Dumas hijo, en cuanto que se prima de forma excesivamente preponderante la exaltación de los valores burgueses y el seguimiento de una moral católica muy estrecha.

También Montse Guinovart trata en su trabajo a S. Vilaregut, en este caso, como traductor de *Measure for Measure*, de Shakespeare (convertida, en su versión, en *La novicia de Santa Clara*). Tras repasar la trayectoria profesional de

Vilaregut, como autor teatral y traductor, Guinovart se centra en la adaptación y su puesta en escena. La autora del trabajo basa su trabajo en el análisis de las dos versiones manuscritas, en catalán y en castellano, a la vez que en la copia impresa de la primera de ellas. Guinovart se vale, además, de la refundición que de la obra de Shakespeare hizo al castellano José María Quadrado y que sirvió a Vilaregut para dar forma a la trama secundaria. Cuenta también con la estimable información aportada por dos borradores de sendas conferencias que Vilaregut presentó con ocasión del estreno en el teatro Romea en 1928 y un año después en Esparraguera. A través de las páginas de su trabajo, Guinovart nos va detallando los cambios urdidos en la trama principal y las manipulaciones de la secundaria, a la vez que apunta las posibles razones de tal proceder.

Anna Soler estudia la recepción del teatro de G. B. Shaw en Cataluña a lo largo de tres décadas, desde su primera representación en Barcelona (y en catalán) en 1908 hasta 1938. A lo largo de su trabajo, encontramos detallada información sobre las diferentes puestas en escena, las traducciones y la respuesta de la crítica. Soler llega a la conclusión de que a lo largo de este periodo si bien la importación del teatro de Shaw se inscribía dentro de una tendencia generalizada de búsqueda de modelos creativos que vinieran a renovar el canon estético, lo cierto es que los afanes de los intelectuales no hallaron el eco esperado en la respuesta popular. El trabajo de Soler viene acompañado de un completo anexo donde encontramos las reseñas aparecidas en la prensa de la época.

Tres de los trabajos versan sobre las traducciones de poetas simbolistas: el de Pilar Gómez Bedate, el de Soledad González y el de Francisco Ruiz Casanova. La primera nos informa sobre la importantísima antología titulada *La poesía francesa moderna* que llevaron a cabo Enrique Díez Canedo y Fernando Fortún en 1913 (corregida y aumentada en 1945), y que como señala la autora del trabajo, fue determinante en la formación del canon de la poesía francesa en España. Una vez apuntados los estudios que se han venido haciendo en relación con la recepción de los simbolistas franceses en España, Gómez Bedate nos detalla las circunstancias en que se realizó la antología, para pasar, finalmente, a estudiar la traducción de sendos poemas de Stuart Merrill, Moréas y Viélé-Griffin.

Soledad González dirige su atención hacia las traducciones que Juan Ramón Jiménez hizo de Verlaine. Tras llamar la atención sobre la polémica que suscitaron las palabras del onubense al atribuirse un conocimiento del poeta francés anterior al que tuvo Darío, González pasa a detallarnos cuáles fueron

las primeras versiones que Juan Ramón hizo del influyente autor simbolista y subraya que si más tarde abrazó la poesía moderna escrita en inglés, ello no supuso un abandono de lo francés. A lo largo de su trabajo González nos da cuenta de las revisiones que a lo largo de los años iría introduciendo Juan Ramón en sus primeras traducciones de Verlaine a la vez que justifica tales cambios atendiendo a la renovación de su personal ideario estético.

Francisco Ruiz Casanova, por su parte, estudia la presencia de la traducción en las páginas de la revista madrileña *La República de las letras*. El trabajo de Ruiz Casanova pone de manifiesto que las traducciones fueron de un carácter muy diferente en las dos épocas de la revista (1905 y 1907). Mientras que, en un principio, la poesía tuvo una presencia fundamental (con numerosos poemas simbolistas), después se incidió mucho más en la traducción de prosa. A lo largo de su artículo, Ruiz Casanova presenta atinadas hipótesis sobre las posibles causas de este cambio en la línea editorial de la revista.

Con los trabajos de Miguel Gallego Roca y Alicia Piquer nos adentramos en el terreno de las Vanguardias, aunque cabría hacer una matización, pues la aportación del primero de estos autores viene a ser, en realidad, “una esquemática reflexión teórica sobre la precariedad del vanguardismo español”. Tal y como pone de manifiesto Gallego Roca, la única poesía que hallamos traducida en España a lo largo de las primeras décadas del siglo XX —tanto en revistas como en antologías— es la de simbolistas menores y postsimbolistas, no la de vanguardistas. Quiere ello decir que la poesía importada no es en nuestras tierras una provocación (un *shock*, en palabras de Peter Bürger), sino más bien una reafirmación —con un nuevo ropaje— de la convención.

Alicia Piquer nos detalla el paso de Jorge Guillén por París y cómo, al entrar en contacto con la modernidad, prende en él su pasión por la poesía de Supervielle, con el que llegará a entablar amistad y del que traducirá diversos poemas, algunos de ellos recogidos en la antología *El bosque sin horas* (1932), donde encontramos también versiones de Alberti, Salinas, Brull y Altolaguirre. Piquer destaca el hecho de que esos mismos poemas sean incluidos en el capítulo *Reunión de vidas* en *Homenaje* (1967) y cómo establecen allí una auténtica relación intertextual con su producción original.

Por último, podemos reseñar la presencia de un trabajo centrado ante todo en la figura del traductor. Así, Francisco Lafarga pone de manifiesto la particular querencia de Teodoro Llorente por la literatura francesa (en

particular su poesía, y ante todo, la romántica), reflejada en sus numerosas traducciones. Lafarga analiza detenidamente las circunstancias de la composición de la antología titulada *Poetas franceses del siglos XIX* (1906), donde Llorente vierte al castellano 376 poemas de 47 poetas. A continuación se analiza la correspondencia (o falta de ella) entre el número de poemas traducidos y las notas bibliográficas que los acompañan y se aventuran certeras hipótesis sobre las fuentes de las que se pudo servir Llorente a la hora de preparar la selección de los primeros y la redacción de las segundas. Finalmente encontramos interesantes datos sobre la recepción de la antología y una valoración final sobre la labor llevada a cabo por Llorente.

Con la publicación del presente volumen pretendemos hacer una pequeña contribución al estudio de la historia de la traducción en España, respondiendo así al interés suscitado por la cuestión en los últimos años. Nuestra confianza es que estos trabajos resulten útiles a los interesados en la literatura española y catalana modernas, los historiadores de la traducción y aquellos cuyo ámbito de trabajo se sitúa en el marco de la Literatura Comparada.